

SALUD | La tercera oleada del coronavirus

Ferran Nadeu



Los funerarios Carlos Romera y Álex Torres recogen el cadáver de una paciente muerta por coronavirus en la morgue del Hospital de Mataró, el pasado diciembre.

«Nuestro trabajo consiste en que todo el mundo se pueda despedir de sus allegados cuando se mueren. Los vestimos, los maquillamos, los arreglamos... para que pueda haber un adiós. Y esto es lo que la pandemia del coronavirus no nos deja hacer. Nos impide hacer nuestro trabajo». Así responde Carlos Romera, funerario de Mataró, a la pregunta de cómo el coronavirus ha impactado en su rutina profesional. Los trabajadores del sector funerario retiraron cadáveres de los hospitales cuando se llenaron las cámaras frigoríficas de la morgue y asistieron a residencias donde los ancianos fallecían por doquier. La mortalidad se disparó y ellos fueron de los pocos que la veían cada día. Pero lo que más les ha dolido no ha sido el aumento de trabajo, sino tener que decir a las familias que el último adiós no era posible.

Son las cuatro de la tarde de un día de finales de diciembre y ya hace horas que el Hospital de Mataró los ha alertado. Una mujer de mediana edad ha fallecido tras varios días en la uci. La causa de la defunción: coronavirus. Es por ello que los funerarios tienen que proceder de una forma distinta para ir a recoger el cadáver. El primer detalle es que la funeraria acude a la morgue con el ataúd que ha escogido la familia, donde ya consta incluso el nombre de la difunta. El segundo paso consiste en vestirse de arriba abajo con los equipos de protección una vez llegados a la puerta de la morgue. Patucos, bata blanca, doble mascarilla, guantes y gafas. Un cambio de vestuario que Álex Torres y Carlos Romera ya tienen completamente integrado en su día a día.

Los funerarios, otro de los colectivos que durante la pandemia del coronavirus ha estado en primera línea, han visto cómo el riesgo de contagio modificaba sus rutinas. Su trabajo, triste de por sí, lo ha sido todavía más si cabe durante estos últimos meses por culpa del virus.

«Lo peor es saber que no van a tener el adiós de sus familias»

ELISENDA COLELL
Mataró

A las puertas de la morgue del centro médico los recibe Isabel Ángulo, jefa de área de enfermería en el hospital. «Hoy vamos bien», les dice. Lo hace recordando los días en que esta nevera que tiene capacidad para albergar hasta seis cadáveres se quedó pequeña. «No hace tanto tiempo de aquello... Los llamábamos porque no dábamos abasto, necesitábamos vaciar la morgue para llenarla de más cuerpos. Tuvimos muertos en camas porque no teníamos suficiente espacio», explica con detalle la enfermera.

«Fue algo muy bestia»

A Torres y Romera se les humedecen los ojos al recordar los meses de abril y mayo de 2020. «Fue algo muy bestia, sobre todo cuando entrábamos en las residencias», cuentan los empleados de la funeraria Cabré Junquera. «Había geriátricos en los que faltaban manos y tuvimos que acceder a las habitaciones a retirar cadáveres. Es algo que jamás olvidaré», suspira Torres.

Puesto el *traje de astronauta*, los funerarios se disponen a entrar en

las neveras que contienen los cadáveres de fallecidos en el hospital. Retiran el cuerpo de la mujer, que ya viene envuelto en una bolsa de plástico, lo colocan en el ataúd y lo tapan. Este es el frío último adiós que reciben las personas que mueren por coronavirus. «Para evitar las infecciones, nadie los puede ver ni tocar. La última persona que los ve es quien les coloca este envoltorio, y de aquí al ataúd. Es decir, que directa y llanamente no podemos hacer nuestro trabajo», expone Romera, que lleva casi una década dedicándose a esta labor. La funda lleva una etiqueta con el nombre y la edad de la fallecida. Es lo único que saben de ella.

Desde el hospital, y con la caja ya sellada, se trasladan hasta el tanatorio, a escasos 200 muertos. Allí colocan la caja en una sala donde están dispuestos todos los ataúdes de personas fallecidas por coronavirus. Con el cadáver de esta mujer fallecida, Torres estrena una nueva sala. Al salir, la sella con un cartel que espera que termine pronto de existir: Covid. Significa no entrar si no es estrictamente necesario. «Esto antes era una sa-

la donde exponíamos los cuerpos para que las familias se pudieran despedir por última vez», detalla. Hoy es imposible. Aquí los ataúdes aguardan el entierro o la incineración. «Las familias, al cabo de los días, reciben las cenizas. Esta ha sido su despedida», cuentan

Un colectivo castigado

Al igual que los profesionales sanitarios y los trabajadores sociales, la pandemia también ha causado estragos entre los funerarios. «A nosotros no se nos cuenta como trabajadores esenciales. Somos los grandes olvidados. Pero claro que nos afecta. Sobre todo al tener que mirar a los ojos de los familiares y decirles que no van a poder ver a su ser querido, que no se pueden despedir de él. Esto es lo que más duele. Y las reacciones, ya te lo puedes imaginar. Hay quienes no lo entienden y lo pagan contigo», se sincera Romera.

En los recuerdos de la pandemia, los momentos en el trabajo se mezclan con los familiares. «Llegar a casa y tener miedo de abrazar a mi hijo es algo que tampoco se me va a borrar», explica Torres. «Durante los inicios de la pandemia, nosotros tampoco sabíamos muy bien si estábamos contagiados. No había PCR... y el miedo era real», añade. Tampoco caen en el olvido los aplausos. «Era un momento tan bestia que entre nosotros nos dábamos ánimos. Nos aplaudíamos en el cambio de turno», añade Romera. Hoy parece que estos recuerdos de los meses del colapso están muy lejos. En realidad, no tanto. Los cuerpos sellados e infectados no dejan de llegar a la morgue. «Que acabe ya», responden al unísono. ■

Los fallecidos por covid son colocados en bolsas y ataúdes que se cierran sin los allegados presentes